

TEATRO

Un cascarrabias

La noche de las tribadas

De P.O. Enquist. Traducción: Francisco Uriz. Intérpretes: Chete Lera, Laura Cepeda, Joaquín Notario, Ana Labordeta. Escenografía y figurines: Gabriel Carrascal. Dirección: José Luis Saiz. Festival de Otoño. Teatro Alfil.

EDUARDO HARO TECGLEN

A Strindberg se le puede odiar mucho: fue cascarrabias, misógino, resentido y loco. No creo que se deba odiarle tanto como Chete Lera al componer su personaje en *La noche de las tribadas*, de Enquist; o como el director de la obra, José Luis Saiz, al marcar la interpretación. Como de los dos sé que trabajan de otra manera -Chete Lera es muy buen actor, muy primer actor--, imagino que es una manera de ver el personaje y su estancia en la vida; la misma dirección sufre el otro actor, Joaquín Notario; y escapan de ella las dos mujeres, Laura Cepeda, también acreditada, y sobre todo Ana Labordeta, que es a quien mejor se escucha y se ve.

La obra denigra a Strindberg desde el punto de vista feminista; cuenta una anécdota más bien lamentable de su vida, y le sitúa durante un ensayo de *La más fuerte*, que es un excelente monólogo (aquí lo hizo Irene Gutierrez Caba; y esta obra, el *Lliure* en un lejano festival), en el cual los personajes --o sea, el autor-- descubren más miserias de Strindberg. Creo, por el recuerdo de la lectura y de otras interpretaciones, que hay una exageración manifiesta en

la dirección que conduce a la interpretación destructiva de la figura del "hijo de la sierva", como tituló Strindberg parte de sus memorias (aquí se atribuye la filiación de la servidumbre a otro personaje). Lo malo es que también destruye al actor con sus tics, sus excesivos movimientos nerviosos, su irrealismo. Prescindiendo de las filiaciones si se puede, queda una obra densa, existencialista, agreciva, fuertemente dramática. Un buen teatro.



Teatro

LA NOCHE DE LAS TRÍBADAS

Modélica interpretación

Autor: P.O Enquist. **Intérpretes:** Chete Lera, Laura Cepeda, Joaquín Notario, Ana Labordeta. **Grupo:** Respira Teatro **Dirección:** José Luis Saiz.

* * * *



JAVIER VILLAN

EN el breve espacio de dos semanas la Compañía Respira Teatro ha presentado dos montajes en el Festival de Otoño: *Escrito en el agua*, sobre textos de Cernuda y *La noche de las tríbadas*. No sé si es el el mejor Cernuda posible, pero si representa un notable esfuerzo de dramaturgia.

La noche de las tríbadas: un texto fascinante, duro, atroz; y una interpretación soberbia. Y en el caso de Chete Lera, fuera de lo común es también el personaje: August Strindberg atormentado por el veneno de los celos, la impotencia, la inseguridad. Un infierno de pasiones oscuras, de negrura absoluta, de cuyos abismos emerge, con insolente perfección, el genio actoral de Chete Lera.

Que el texto de Enquist responda con más o menos veracidad a la turbulenta historia de Siri. Maria

Carolina y Strindber importa poco. Importa como consumación de un hecho escénico, como materialización de un espectáculo que, por si mismo, justifica el amor y la pasión del teatro. Amor y pasión son dos conceptos claves en La noche de las tríbadas. Al final, es el sexo como factor de liberación y no como instrumento de dominio lo que se impone.

La misoginia, pues, de Strindberg, su odio a las mujeres y sus deficiencias amorosas se diluye en un código de valores mucho más amplio.

Y si la interpretación de Chete Lera es un elemento clave la de Laura Cepeda alcanza también cumbres felicisimas. En realidad nadie desentona. Ni Ana Labordeta con su inocencia maltratada, con su sentido de la libertad que la destruye; ni Joaquín Notario en el servilismo, dramático de puro

cómico, de su imbécil ingenuidad. La evocación de la borrachera de Ana Labordeta es espléndida. Al genio maléfico de un Strindberg poseído por las más contradictorias turbulencias del espíritu. Laura Cepeda opone la resolución de un carácter no por firme, menos cambiante y abismal. Dura e implacable con un marido que la vampirizó y la sigue atormentando; tierna, dulce y entregada, con la amante salvadora. Laura Cepeda se desdobra en un excelente juego de luces y de sombras apasionadas.

Las luces y las sombras, el pasado haciendo añicos el presente. El eje dramático de este texto es la imposibilidad de un ensayo que dirige el propio Strindberg. El resultado es el odio, la suprema infelicidad de Strindberg: el poder del macho amenazado la indefensión.

“La noche de las Tríbadas” sube a la escena del Alfil

¿Qué es lo que le pasa a un hombre cuando ve que pierde a su mujer? Pero ¿qué le pasaría a ese mismo hombre cuando su mujer le deja por otra mujer? Son dos respuestas bien distintas. Al autor sueco August Strindberg le ocurrió lo segundo; es decir, comprobó cómo su esposa, Carolina David, a la que impuso para interpretar una obra escrita por su marido. El sueco no lo soportó. Enfureció, paró el ensayo e impidió que su ex mujer (ya estaban separados) compartiera el guión con su amante.

Parece ser que “La noche de las Tríbadas”, obra original de estos hechos. Dos hembras sobre la escena, un amor prohibido a pesar de vivir en una sociedad que presume de liberal, una rebelión del papel “histórico” que les ha sido encomendado y, nunca, una guerra de sexos. Porque nadie la ganaría. Laura Cepeda y Ana Labordeta se introducen en la piel de estas mujeres. La primera (Siri) es una actriz que renunció a su carrera por cuidar su hogar, por lograr el bienestar “prometido” cara a la sociedad. Se siente anulada, un parásito al lado de un hombre triunfador, seguro y fuerte. La segunda (Maria) no tiene nada que ver. Es una mujer emancipada que confiesa abiertamente su lesbianismo pese a las críticas. Es más, a veces hasta las provoca. El tercero en discordia es el propio Strindberg (Chete Lera), que se siente humillado por los amores de su mujer, dolido porque cree que nada de lo que ha hecho ha sido valorado, asustado por lo nueva situación que se crea.

Completa el reparto que esta noche subirá a la escena del Alfil Joaquín Notario en el papel de Viggo Schiwe y dirige José Luis Saiz.



Mujer contra mujer. Laura Cepeda y Ana Labordeta son las protagonistas de “La noche de las Tríbadas”, que esta noche se estrena en el teatro Alfil y que permanecerá en cartel hasta el 6 de noviembre.

Crítica de teatro

Apasionada visión de Strindberg en “La noche de las trébadas”

“La noche de las trébadas”. de P.O. Enquist. Traducción: Francisco J. Uriz. Dirección: José Luis Saiz. Escenografía: Gabriel Carrascal. Iluminación: José Solbes. Intérpretes: Laura Cepeda, Chete Lara, Joaquín Notario, Ana Labordeta. Festival de Otoño. Teatro Alfil.

En la dispar programación del Festival de Otoño, de pronto, una pieza interesante: “La noche de las trébadas” original de Pero Olov Enquist, autor del que el crítico reconoce no tener otra noticia. Entre los muchos fallos del Festival en cuanto a programa cultural está la pobreza o descuido de la información. Por los menguados programas que se facilitan al espectador nadie sabrá quien es el señor Enquist, qué significa trébada, palabra que no figura en el Diccionario de la Academia, si no lo sabe por su cuenta, ni aprenderá mayor cosa sobre la personalidad de Strindberg, uno de los autores más personales, más importantes del teatro europeo en la transición del siglo pasado al actual. Digamos que todo eso carece de importancia. Bien. El tal Enquist compone un intenso drama pseudobiográfico de Augusto Strindberg a partir de una de sus piezas menos conocidas, “La mujer fuerte”. “La mujer fuerte” es la primera comedia breve que Strindberg escribe, dirige y presenta en 1889 iniciando la serie de “comedias de viaje”, con las que piensa hacerse rico su recién creado “Teatro de Ensayo” en el que sigue las normas del francés Antoine y su “Theatre Libre” en el que lanza la corriente del teatro naturalista. Se trata de una pieza brevísima. Un solo acto con dos personajes, la señora X y la señorita Y. Realmente un monólogo porque la señora habla y la señorita,



una alcohólica, que ha tenido relaciones sexuales con su marido, bebe cerveza y escucha.

Enquist toma y reforma la situación. El marido que es Strindberg, el gran autor, va a ensayar su comedia “La mujer fuerte” que representaran su mujer, la actriz, Siri von Essen y otra actriz, casada con un gran amigo suyo. Enquist introduce dos personajes más: Viggo que está dirigiendo el ensayo y una sirvienta, eliminada en esta versión. Y no sólo eso: jugando con la vida de Strindberg le difama, le reduce a un violento, vengativo, incluso hace que Siri - que todavía es su mujer, pues se divorciaron en 1891- lo ridiculice, ante los otros dos personajes con crueles alusiones a la condición varonil del escritor aludiendo a las dimensiones sexuales de éste con groseros detalles que, en ningún caso obtiene del pulcro y dramático monólogo. En éste, la señora “X” casti-

ga a la señorita “Y” hablándole de la vida matrimonial de Strindberg, de sus infidelidades, para arrebatar la complicidad erótica de la señorita y de su propio marido. “Gracias Amelie -dice la contrafigura de Siri- por todas tus buenas enseñanzas. Gracias por haber enseñado el amor a mi marido. Vuelvo a casa para aprovecharlas”. Frase a la que sigue escuetamente “sale”.

O sea que Enquist va mucho más allá del texto originario y machaca la figura de Strindberg, el genio extraordinario, maltratado por la censura que le prohíbe estrenar “La señorita Julia” que lo tiene siempre en dificultades financieras, luchando contra una sociedad. Atormentado por manía persecutoria que le llevará a una crisis mental en 1896 y a tres matrimonios conflictivos. Strindberg no es, ni mucho menos, el personaje que se nos presenta en esta interesante pieza difamatoria y al mismo tiempo admirativa.



Laura Cepeda, Ana Labordeta, Chete Lera, Joaquín Notario, en varios momentos de la representación de la obra.

La interpretación del montaje acentúa esa deformación profunda. Están fuertes, expresivos, los cuatro personajes, aunque ponen una nota de sobreactuación en el primer acto que se corrige en el segundo donde se obtiene el clima perfecto y se lleva el suceso teatral a su desenlace con vigorosa calidad.

La cuidadosa dirección de José Luis Saiz puede mejorar esa demasiado fuerte salida del primer acto en la que Chete Lera, que es un estupendo actor, lleva al exceso la difamación del auténtico carácter de Strindberg, con lo que si no es fiel a la verdad si esta de acuerdo con el texto de Enquist.

Laura Cepeda compone con aplomo, con reserva, con aguda calidad, el personaje de Siri en el duelo de féminas que es rigurosamente la obra. Fina actriz en un buen entendimien-

to de un torturado personaje femenino.

Ana Labordeta, liberada del reducido papel de la señorita "Y" en la original breve obra de Strindberg, entonces perfectamente con la pareja combatiente y Notario es un aturdido, asustado, espectador en el Viggo que presencia el tremendo duelo entre los dos cónyuges mal avenidos que se divorciarán al fin en 1891 aunque el autor de esta composición lo deje fuera de su tiempo dramático.

"La noche de las trébedas" es una pieza atrabiliaria pero altamente interesante, realizada con pasión. Resultaría magnífico y sería un espectáculo completo, representada en tres actos. Estos dos y, no he pensado si como epílogo o como prólogo, por el texto auténtico de "La más fuerte" de Augusto Strindberg, de la que parte con osadas infidelidades, P.O. Enquist en esta pieza en la que se percibe una especie de amor-odio teatral del autor contemporaneo al gran maestro innovador del siglo pasado.

Lorenzo LÓPEZ SANCHO



TEATRO



Laura Cepeda y Ana Labordeta, en un momento de la representación de la obra.

♦ CRÍTICA TEATRO / ENRIQUE CENTENO

Dos lesbianas y un esquizofrénico

Título: "La noche de las tribadas"
Autor: Per Olof Enquist. **Intérpretes:** Laura Cepeda, Chete Lera, Joaquín Notario, Ana Labordeta. **Escenografía y figurines.** Gabriel Carrascal.
Dirección: José Luis Saiz
Teatro Alfil. Festival de Otoño

CALIFICACION ★★☆☆

EL escritor sueco P.O.Enquist imagina a Strindberg en el inicio de los ensayos de su obra "La más fuerte", que escribió para su mujer, Siri. El juego consiste en que la otra actriz es, precisamente, una lesbiana (tribada), por la que el escritor fue abandonado realmente por Siri. La biografía de complejos y esquizofrénias, ofrece a su compatriota un tentador material para este juego, al que dota de un texto muy rico, provocador y tenso que recuerda al propio teatro del autor de "Señorita Julia".

El director debe trabajar con mucho empeño para conseguir de los actores la lucha verbal, crudísima, que

entre ellos se establece. Lo consigue con excelente sabiduría Jost Luis Saiz, que además enriquece cada momento con acciones y movimientos oportunísimos que subrayan situaciones y acentúan la crueldad de la acción y del texto, al límite en feroces exabruptos, en encarnizada guerra verbal. Es capaz también de detener la batalla para dar forma poética a pequeños paréntesis.

Ocurre cuando la amante de su mujer, que forma barricada con ella frente a un hombre enloquecido por los celos y sus complejos, se muestra de pronto llena de vida y amor, tanto hacia Siri como hacia el desdichado Strindberg, con el que comparte una terrible soledad no confesada.

La representación se sigue compasión, contiene muchos momentos de humor desgarrado y cuenta con un excelente reparto. Batalla Laura Cepeda con un incomprendido personaje, vulgar y oportunista en la epidermis, y algunos de sus parla-

mentos son de gran calidad interpretativa. Chete Lera, el marido desesperado, apuesta directamente por el histrionismo, sobre todo en la primera parte, y a pesar de algunas salidas tonales extemporáneas, consigue finalmente humanizar la histeria escesiva con la que arranca. Su contrapunto es la dulce Ana Labordeta, serena, de sonrisa plácida, haciéndose comprender a pesar de su difícil personaje de tercera. El trabajo de Joaquín Notario, es un personaje al servicio de la construcción del drama, es más que correcto. Se trata, en definitiva, de un espectáculo apasionado, como corresponde a la patología de sus protagonistas, de lucha de intérpretes con el texto -muy bien traducido, por cierto, por quien sabe mucho del propio Strindberg-, es decir, de un teatro clásico que pocos saben ya hacer con buen pulso. El público pagó el empeño y el buen hacer con muchos aplausos.